

Reseña. *Futuro esplendor: Ecocrítica desde Chile*. Andrea Casals y Pablo Chiuminatto. Santiago: Orjikh, 2019, 184 páginas.

Futuro esplendor: Ecocrítica desde Chile propone una mirada desde las humanidades ambientales a un discreto corpus de la literatura chilena susceptible de ser leído desde una perspectiva ecocrítica. La estrategia utilizada para el examen es una metáfora que se convierte en categoría de estudio: el compostaje (p. 19). En el registro del ensayo, el libro revuelve materiales para abonar ideas en una especie de compostera en la que puede reconocerse trayectorias teóricas que pasan por la historia del pensamiento ambiental, el análisis literario y obras de nuestras letras, principalmente poesía del siglo XX y XXI. Se trata de marcos cognitivos que pueden mediar en la comprensión de la crisis ecológica, sus efectos políticos, sociales, económicos y psicológicos, así como en los imaginarios de la vida en común de un planeta apremiado por la presión sobre los ecosistemas a nivel global.

El desplazamiento de conceptos de la ecología y la ética ambiental, así como del ímpetu político del medioambientalismo al estudio de la literatura y las artes, ofrece la posibilidad de volver sobre objetos de estudio cuya exégesis parecía muchas veces clausurada. Con este movimiento metodológico las cuestiones estéticas y de representación se resuelven no solo en su dimensión temática, sino también en las tradiciones literarias que los textos y discursos se inscriben, en las particularidades estructurales de estos, en sus figuras y tropos, en su recepción, legitimación y lugar en el campo cultural. Estos problemas conforman el derrotero de la ecocrítica. Tal vez sea algo más, pero los ensayos contenidos en el libro apuestan a ello como una forma de sistematizar una interdisciplina con límites difusos y en constante movimiento.

El libro se divide en dos partes. La primera tiene como objetivo cartografiar diversas aproximaciones conceptuales, nombres, prácticas intelectuales y literarias para pensar en verde. No es fácil dar cuenta a la primera de cuestiones tan amplias, como el concepto de naturaleza o la historia de las ideas ambientales y del ecologismo, o justificar la entrada en las humanidades de un término de origen científico y aún en discusión como el de Antropoceno, etcétera. En este sentido, los autores se esfuerzan por producir un diálogo entre teoría literaria, cultural y textualidades híbridas con orientación medioambiental, configurando un aparato crítico asimilable, aunque fragmentario, ya que utiliza la estrategia del compostaje señalada líneas antes.

El primer apartado, “Capítulo 1: Aproximaciones conceptuales”, trabaja en torno de algunos conceptos, como ecología, ecocrítica, territorialidad, lugar, poesía y crisis. Lo más relevante del capítulo descansa sobre la sugestiva idea de Bruno Latour de componer un relato caleidoscópico para alcanzar un mínimo de condiciones materiales que restituyan la posibilidad de pensar futuros alternativos en oposición a los imaginarios distópicos del capitalismo global. Si a inicios de la década de 1970 Luis Oyarzún se preguntaba “¿De qué valdría una revolución triunfante sobre una tierra calcinada y destruida con fallas irre recuperables?” (cit. p. 25), los autores de *Futuro esplendor* se preguntan si hoy, ya puestos en el Antropoceno, es posible revitalizar el humanismo desde un enfoque no-antropocéntrico preconizado por una Rachel Carson o, en nuestro medio, un Rafael Elizalde MacClure. Ciertamente, la respuesta se encuentra páginas más adelante. El capítulo 3, “Poéticas alternativas desde el Apocalipsis”, alega que las voces de la poesía deben ser escuchadas más desde su compromiso con la vida que desde su polaridad como discurso otro en relación con el discurso de lo factual. La alteridad radical del discurso de la poesía muestra cómo los cambios de paradigma no se hacen sino con riesgo y creatividad. Examinando algunos textos concretos, los autores conectan dicha radicalidad con una especie de genealogía de las eco-poéticas que reclama una relectura del canon de la poesía chilena: Mistral, Huidobro, Neruda todavía nos pueden decir algo más—

también narradores como Mariano Latorre, según se afirma en el capítulo 4. No deja de ser interesante, igualmente, la genealogía de los estudios ecocríticos. Los trabajos de principios de la década pasada de Juan Gabriel Araya y Mauricio Ostria tienen un sitio privilegiado. Esto es importante, pues reconoce el esfuerzo sostenido de estos dos académicos por ampliar los márgenes del estudio de nuestra literatura.

El núcleo duro de toda la especulación de la “Parte I” se encuentra en el capítulo 5. En él se revisa la noción de Naturaleza, así con mayúscula inicial. Las consideraciones desplegadas aquí reformulan discusiones no solo estéticas. El punto en cuestión alude de manera directa a *Ecology without Nature* (2010) de Timothy Morton, título audaz que, como puede advertirse, se liga con el denso andamiaje filosófico de Derrida, para afirmar, desde una ontología negativa, que eso que llamamos Naturaleza no es sino un constructo vacío con una carga ideológica que acarrea los móviles de su propia desaparición (p. 68). Sin ningún dejo de nostalgia, uno podría decir que nada está fuera del texto, pero, al mismo tiempo, que todo *ecotexto* se define solo por sus agenciamientos con el afuera. Así, las acepciones del elusivo término Naturaleza parecen estar reguladas por una metafísica lo suficientemente flexible para dejarse permear por los vaivenes de las representaciones veleidosas de la ideología o, más exactamente, por los caprichos de quienes tratan aun de imponer una historia que coincide con las claves del mito moderno del progreso. Este punto se retomará en los capítulos 2 y 3 de la “Parte II”.

La “Parte II” reelabora algunas cuestiones desarrolladas en la primera con el objeto de mostrar los alcances y límites de la práctica ecocrítica—recordemos que estamos frente a un ensayo, por eso no debe sorprendernos ni la recurrencia ni la fragmentariedad. Recojo del primer capítulo la caracterización de un cuerpo interdisciplinar viscoso y múltiple, descrito de manera notable y lúcida años antes por Junquera, Marrero y Barella en *Ecocríticas: Literatura y medio ambiente* (2010), libro referido en el capítulo 2. La pluralidad de las perspectivas bajo ese concepto paraguas se relaciona con el objetivo de hacer teoría, historia y crítica literarias con una orientación medioambiental. Si interpreto bien, a través de ello se busca no solo desarrollar productos de investigación, sino además formar un *ecolector*, una figuración crítica que define a un lector capaz de enfrentarse a los textos desde una especie de distanciamiento o desautomatización, cuando no una sana sospecha, que le permitiría descubrir los sistemas de preferencias y exclusiones de los *ecotextos*, cuyo modelo podríamos encontrar en el capítulo 4.

A este último respecto, debo a Irmgard Emmelhainz la idea que el Antropoceno es más que una noción geológica; es, asimismo, una fascinante abstracción cuyos estratos se encuentran tanto en la biósfera como en las imágenes diseminadas, repetidas y vueltas a repetir del arte y la cultura. Un guiño nada de disimulado a Benjamin, que se descubre también en *Futuro esplendor* cuando se insiste sobre la necesidad de pensar en los discursos multimodales que aluden a la crisis. Lo mismo sucede cuando se vuelve sobre el trabajo de Morton, esta vez sobre la imagen de los llamados *hiperobjetos*, aquellos objetos inasibles, de dimensiones colosales y sublimes, que, en parte, podemos imaginar gracias a la poesía: poetas como Nicanor Parra o Juan Pablo Riveros serían continuadores de una antigua tradición en que lo sublime y la ironía se presentan como estrategias textuales que propician encuentros entre lo humano y lo no-humano.

Los capítulos 2 y 3 avanzan en una dirección algo más específica. El cociente político de ambas secciones se distribuye en dos ideas fundamentales: la noción de ecofeminismo y de justicia medioambiental. Pareciera no escapársele ninguna experiencia humana a la crítica medioambiental, lo que no constituye ninguna paradoja o contradicción, pues, siguiendo los impacientes planteos ecosóficos de Arne Næss, para avanzar hacia una cultura biocéntrica es conveniente que exista un remanente de antropocentrismo (cf. p. 157). Tal vez, la consistencia

de ambos capítulos no permita abstraer una sola idea rectora, no obstante, se entiende que los debates sobre etnia, género y clase comprometen visiones diversas que, más que fijar, es necesario evaluar en profundidad, sin agenda preparada de antemano. Con todo, el gesto resume la propuesta de análisis anunciada al inicio del libro, pues negocia temporalidades, espacios, concreciones históricas y representaciones heteróclitas cuyos límites son difusos y siempre problemáticos (p. 134). Es por ello que el corpus que articula el debate está conformado por poetas e intelectuales que se encuentran siempre en un *entre*, en términos étnicos, de género o clase, ya sea Gabriela Mistral, Violeta Parra, Andrea Paredes Pinda o Leonardo Boff. Se trata, en consecuencia, de ejemplos de reflexión sobre la conformación de nuestras sociedades y de los vínculos entre colonialismo, *ethos* latinoamericanista y justicia ambiental.

El “Capítulo 4: Reciclaje literario y compostaje cultural” es, sin duda, el motor del texto. Viene a iluminar aún más los hallazgos de la correcta tesis doctoral escrita por Andrea Casals, dirigida por Chiuminatto, hallazgos que vertebran el grueso del volumen. Es en este capítulo, entonces, donde la potencia crítica de una escritura entendida como “reciclaje” y “compostaje” revela finalmente su calidad de práctica específica. Los autores definen la escritura de compostaje como una operación textual auto-meta-reflexiva, ecopoética, austera, experiencial y consciente de ensamblaje, mezcla y asimilación de materiales obtenidos del flujo de compostaje cultural. Cuando adquiere su forma definitiva (es publicado o difundido, digamos) el texto vuelve al mismo flujo de compostaje, esto es a esa otra ecología de la circulación material. Las estrategias de compostaje escritural son variadas: Gabriela Mistral reconstruye los retazos de una patria, un pueblo, una madre y un hijo perdidos desde una espiritualidad franciscana (p. 139); Nicanor Parra no solo intertextualiza recogiendo y usando discursividades heterogéneas, también se recicla a sí mismo, haciendo suyas la tres R de la sustentabilidad (p. 136); por su parte, y como último ejemplo, quizá el más fino en términos de análisis, tenemos cómo la poesía de Andrea Paredes Pinda “prioriza “los diptongos «ue», «eu», propios del habla mapuche” (p. 138).

Futuro esplendor constituye una publicación valiosa para los estudios ecocríticos en Chile. Aparece en un momento oportuno, cuando tenemos la oportunidad de crear un porvenir alternativo al ya escrito por economistas, políticos y grupos de interés que históricamente han empujado a las humanidades a una situación exiliar en lo que respecta a la toma de decisiones de la vida en común. La ironía del título, figura tan cara a la práctica del ensayo, no se agota en la tachadura que lo atraviesa palabra a palabra ni en el evidente juego con la metáfora del reciclaje. Antes bien, esta ironía se contesta a sí misma y nos acaba devolviendo el original, porque sí hay un futuro que ahora, más que nunca, más allá del optimismo, el escepticismo o la nostalgia, es urgente pensar, escribir y construir.

Reseñado por Arnaldo Donoso Aceituno

arnaldodonoso@unach.cl

Universidad Adventista de Chile